



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Algunos aspectos de la poesía de Eduardo Zepeda-Henríquez

Autor: Llopesa, Ricardo

Forma sugerida de citar: Llopesa, R. (1988). Algunos aspectos de la poesía de Eduardo Zepeda-Henríquez. *Cuadernos Americanos*, 5(11), 205-212.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 11, (septiembre-octubre de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## ALGUNOS ASPECTOS DE LA POESIA DE EDUARDO ZEPEDA-HENRIQUEZ

Por *Ricardo LLOPESA*  
CRÍTICO LITERARIO NICARAGÜENSE  
RESIDENTE EN ESPAÑA

**E**DUARDO ZEPEDA-HENRÍQUEZ nació en Granada, Nicaragua, el 6 de marzo de 1930, en el marco geográfico de una de las ciudades más bellas y pintorescas, situada a orillas del Gran Lago y al pie del gigantesco volcán Mombacho, dentro de una sociedad con tradición política y conservadora, que habría de influir en su vida y su poesía. Fue precisamente en Granada donde se inició el movimiento de vanguardia nicaragüense, en 1927, con la publicación de "La oda a Rubén Darío" de José Coronel Urtecho, y donde se consolidaría más tarde como grupo, en 1931, tras la publicación del primer manifiesto de la Anti-Academia de la Lengua, firmado, entre otros, por los poetas José Coronel Urtecho, Luis Alberto Cabrales, Joaquín Pasos y Pablo Antonio Cuadra, que por entonces rondaban los quince y los veinte años de edad.

Zepeda-Henríquez pertenece a la denominada Generación poética del 50 —que todavía está por estudiarse—, y que él prefiriere llamar del 57, para establecer un punto de equilibrio histórico en la relación que existe entre la suya nicaragüense y la española, si tenemos en cuenta que él vivió en España de 1954 a 1962, al igual que otros poetas significativos de su generación como Mario Cajina-Vega o Ernesto Gutiérrez.

Como muy bien ha escrito Zepeda-Henríquez, sintetizando en un estudio su experiencia poética:

Mi grupo literario nicaragüense fue solidario con sus mayores, acrecentando, perfeccionando y actualizando el legado recibido. Nuestra generación allí se dio cuenta de que las "experiencias" de la tardía vanguardia de Nicaragua eran aprovechables en aquello que no tenía de puros "experimentos". Así se explica que lo más característico de la generación nicaragüense de 1957 sea la plenitud. Aludo, por consiguiente, a una obra que no sólo completó lo hecho por aquella vanguardia, sino que también ordenó los resultados de las pruebas realizadas por la misma, renovando lo renovable, explorando cuanto había quedado a medias y, antes que nada, seleccionando con rigor.

Más adelante, en el citado estudio, dice:

Se trata, pues, de un modelo de generación plenaria y evolutiva, al mismo tiempo. De aquí que la mía de 1957, no obstante haber sido personalmente formada en lo literario por los maestros de aquella vanguardia, no se aventurara en excesos vanguardistas.

De aquí se desprende que la suya es una poesía de continuidad y negación, al mismo tiempo, de la vanguardia nicaragüense, en lo que tiene ésta no de aventura verbal, sino de rigor y exploración del lenguaje. Es decir, una generación de equilibrio. De equilibrio, incluso frente a sus predecesores, los poetas anteriores a él, pertenecientes a la llamada Generación del 40, como Ernesto Cardenal, Carlos Martínez Rivas o Ernesto Mejía Sánchez, de tendencias muy distintas entre sí, pero en quienes predomina la sorpresa por la palabra y la lucidez, mediante una estética que quiere transformarse en ética de la realidad o el absurdo.

Pero el marco idóneo donde se produce el cambio en su poesía es España, y desde esta perspectiva cabe señalar su pronta incorporación a las filas de los poetas españoles más representativos, así como la crítica favorable con que fue recibido su primer libro publicado en tierras españolas, titulado *Como llanuras* (1958), que representó la confirmación y la revelación de su poesía. Desde este momento la poesía de Zepeda-Henríquez se circunscribe, por tanto, al panorama de la poesía española contemporánea, y más concretamente en la generación a la que él es afín. Es decir, a la Generación del 50.

La importancia que tiene la poesía de Zepeda-Henríquez en el contexto de su generación es significativa. Y la actitud que toma como poeta es similar a la que mantiene frente a la poesía nicaragüense. Estos años, los finales de la década de los cincuenta, fueron de cierta conmoción con la presencia de la poesía social que brotó de Gabriel Celaya, Ángel González, Eladio Cabañero o Carlos Sahagún. Por otro lado, se dio una poesía claramente elitista que procedía de la línea de Cernuda y que influyó en poetas como Gil de Biedma, Francisco Brines o José Angel Valente.

Entre esas dos corrientes, la poesía de Zepeda-Henríquez sigue un camino personal, sin excesos ni abusos, concentrada en el equilibrio de su experiencia, pero más inclinada por la segunda. Quizás, también, paralela a la línea conceptual de Claudio Rodríguez y la religiosa de José María Valverde, pero aplicada a un lenguaje de exploración de interioridades y realidades, que la aproximan a la inquietud ética y estética de la mencionada generación.

Bajo los signos de este panorama, Zepeda-Henríquez habrá de iniciar una carrera intelectual de múltiples facetas, que abarcan

poesía, ensayo, historia y crítica literaria, crítica filosófica, crítica de arte, bibliografía, antologías y ediciones críticas.

Su primer libro, *Lirismo*, se publicó en Managua en 1948, cuando el poeta tenía dieciocho años. Reúne toda su producción de adolescencia y, como la poesía de todo adolescente, está influida por lecturas y preferencias que más bien son el ejercicio de reflexión de la juventud en busca de una voz personal para sentar las bases de la seguridad en la escritura, la cual se revelaría en su segundo libro, *El principio del canto*, con el que obtiene el Premio Nacional de Poesía "Rubén Darío" de Nicaragua, en 1951. Se trata de un solo poema, dividido en cinco apartados, de una madurez consumada, escrito en verso libre, con gran dominio del lenguaje, donde están presentes ciertos elementos vitales de su poesía posterior, como la geografía patria, el recuerdo, el amor, la religiosidad y la predisposición a entrar en el terreno conceptual, desde una óptica que colmuga con el ideal supremo y la perfección del individuo. Es importante observar que en este libro existe ya una preocupación que sostiene la poesía zepediana, como es el ritmo y la musicalidad del poema, desde una organización interior sujeta a la intuición del poeta.

Este mismo libro, *El principio del canto*, tiene la importancia de inaugurar en Nicaragua, en 1951, la corriente poética que se conoce con el nombre de "Conversacional", caracterizada por la fluidez del lenguaje y el tono coloquial de la expresión, cuyo máximo representante hoy en día es Ernesto Cardenal, por haber ahondado en las raíces, a partir de su libro *Hora 0*, publicado en 1959.

Quizás el ejemplo de las dos estrofas siguientes de *El principio del canto* sirva para darnos una visión de lo dicho:

¡En esa playa, poeta, sobre la cual trazara  
el pez Francisco Hernández de Córdoba,  
nosotros dos anclamos  
esta labor, de suyo cotidiana y caliente,  
como las balas que hacen sus nidos en los cuerpos de los hombres  
que no regresan nunca de la guerra.

La otra es la siguiente:

Allí nos enteramos de que se nos había entregado el silencio  
para comunicarnos con las cosas  
—como a los demás hombres otorgado les fue el don de la palabra—,  
porque el silencio, poeta, es un constante dialogar sin límites,  
algo que nos fue dado para que así pudiéramos inventar las palabras.

En 1951, Zepeda-Henríquez viaja a Chile para continuar sus estudios de derecho. Allí publica su tercer libro, *Mástiles*, en 1952.

La voz del poeta se vuelve serena y reflexiva. A los versos largos y desenfadados de antes, donde se desataban todas las ilusiones, sigue ahora una visión que vuelve la mirada hacia adentro, explorando su condición de hombre y poeta, como si con el viaje al extranjero recobrara su memoria la añoranza de la patria. Cuando dice: "Parece que los árboles de mi niñez / crecieron aguardándome", él mismo da la respuesta al estado de ánimo de su espíritu, en los versos: "daría mi silencio por regresar a aquellos / aires levísimos donde aspiraba el sueño".

No obstante, el autor ha alcanzado la madurez poética y se ha trazado un camino. Y éste existe. Sabe lo que quiere. Como indicábamos antes, una de las preocupaciones de Zepeda-Henríquez ha sido la musicalidad del texto. En el poema titulado "No fueron suficientes tantos siglos...", hace una especie de poética, a este respecto, cuando dice:

Las derramadas lenguas no bastaron  
ni los oráculos ambiguos, para  
romper esta campana de cristal que me aísla  
del haz de voces que los hombres queman.  
Y quise darles pátina a mis versos  
para hacerlos sonoros.

Más adelante, sigue diciendo:

Desde antes  
de mi casta mudez, este poema ausente  
del sonido es mi espacio.  
Definitivamente aquí voy a fundirme,  
aquí voy a fundarme...

En este libro también está presente el tema del amor, que aparece reflejado por primera vez en su poesía, despojado de todo propósito carnal, para convertirse en algo sumamente espiritual:

Quiero anclar el presente en tus pupilas  
y en las mías,  
porque yo no poseo más hora que esta hora,  
extraviada en el tiempo  
y hecha eternidad en nuestras vidas.

O este otro ejemplo:

En la noche callada  
te llamé con un grito,  
y mi grito filoso  
se clavó como un lirio.

De Santiago de Chile, el poeta va a España (1954), invitado por el Instituto de Cultura Hispánica, para participar en la Segunda Jornada de Lengua y Literatura Hispánicas, celebrada en La Coruña, y al Tercer Congreso Internacional de Poesía, en Santiago de Compostela. Y lo que iba a ser un viaje de varios meses, se convierte en larga estada que va de 1954 a 1962, al fijar su residencia en Madrid.

En 1955 publica *Poema campal del prójimo*, que luego formará parte, en la edición de 1958, del libro *Como llanuras*, publicado por la editorial Espasa-Calpe. Con este libro, *Como llanuras*, Zepeda-Henríquez alcanza la plenitud poética de su juventud, y en palabras de Leopoldo Panero, "Nos habla como si viviera y muriera interiormente en su palabra, en su apagada risa, en su poblada ceniza mortal... Por eso tiene de pronto su poesía un calado, un peso de hondura, una íntima y palpable verdad que separa de otras a su palabra".

*Poema campal del prójimo*, la primera de las cinco partes que integran *Como llanuras*, es un largo poema dividido en diez secciones, con predominio de métrica endecasílabo y pie quebrado, sin rima, donde se deja sentir la reflexión del poeta que ha alcanzado el aplomo, tanto vital como expresivo. Se traduce también la influencia de la poesía clásica española del Siglo de Oro, mediante la articulación de un lenguaje denso en contenidos y el establecimiento de la dualidad del ser, como espíritu y materia, desde una concepción religiosa de la vida.

Indiscutiblemente, las ansias de conocimiento llevan a Zepeda-Henríquez a la lectura de los clásicos y de la filosofía española. De aquellos años, 1957, data su estudio, *Un pensador jesuita vivista del siglo XVII*, y su formación humanista, que habrían de influir en su pensamiento, tal como queda reflejado en el libro que comentamos, *Como llanuras*.

En muchas ocasiones me he preguntado por el significado que encierra el título de este libro que parece que nos habla metafóricamente del campo o de la vida rural campesina. Y sólo he podido entrever, en el trasfondo del contenido, el equilibrio que el poeta establece entre la vida y la muerte, como si la distancia que media entre el aquí y el más allá desapareciera de pronto para convertirse en dos puntos lineales, unidos sin fronteras ni exabruptos, como si se tratara de un campo llano, como llanura, sin ninguna diferencia brusca que interrumpa la transición de un estado al otro. Los ejemplos son muchos, y citaré algunos: "Padre: si aquí estuvieras verías cómo crezco, / bajo la torrencial memoria de mis años / y con el aleteo de Dios junto al oído". "Entre el cielo y la tierra, sólo el alma, / cual esa intimidad que cabe entre dos alas". "Jamás podré repetir esta / copiosa muerte que se me va muriendo". "Sólo el

amor puede más / que el amor; y, asimismo, / morirlo lentamente, / porque se me confió —¡gracias, Señor!— / una vida con muerte". O "Hasta cuando mis oídos / se abran hacia otro bosque, donde acaso / yo escuche una pregunta poderosa, / como vientre de madre, / que alumbre de una vez / el polvo dolorosamente vivo".

Siguiendo la trayectoria poética de Zepeda-Henríquez, su siguiente libro, *A mano alzada*, obtuvo el Premio "Boscán" de Poesía 1962. Este libro ofrece un lenguaje nuevo, escrito en versos heptasílabos sin la tradicional rima del romance, para ganar en fluidez verbal y evitar la monotonía. Y los principios que sustentan su poesía, antes citados, como el recuerdo, el amor y la muerte, adquieren otra dimensión. De las tres partes que forman el libro: "La tierra", "El hombre" y "El amor", en la primera, profundiza en las raíces de su tierra desde una visión al mismo tiempo cósmica y ontológica, donde se mezcla la geografía de su patria con la flora y la fauna, la ciudad y sus calles y la vida del hombre que el poeta contempla desde la lejanía, con la mirada de quien quiere aprehender el espíritu del ser, para llegar al fondo de la realidad.

En la segunda parte, "El hombre", la voz del poeta se interioriza, busca en la vida la esencia que le dé las razones de ese enigma que es vivir, añora las cosas del pasado y, como dice en un poema:

Vive seguro el hombre  
que hacia adentro camina  
pues, fuera de él, las cosas  
no son nunca las mismas.

En la parte final, el tema del amor se comparte en el medio familiar, sin pasión, más bien como expresión espiritual y conceptual del hombre que conoce la medida de su entusiasmo y la finitud de la existencia, para hacer del amor un motivo de reflexión sobre la naturaleza humana. Cuando el poeta dice: "Somos de tiempo, amada, / y sin embargo nuestra / esperanza no tiene edad, porque es apenas / un eco del alma", está estableciendo dos tiempos distintos, uno finito, el del hombre y otro infinito, el del alma. Pero, más adelante, el alma infinita adquiere la dimensión del espacio, encerrada en el cuerpo, y posiblemente sea ésta la filosofía que mueve los hilos ocultos de la poesía de Zepeda-Henríquez, desde donde el hombre es capaz de dejar huella y convertirse en creador.

Con este libro, *A mano alzada*, publicado en 1964, va a consumarse una etapa importante en la poesía de Zepeda-Henríquez. Pasarán dieciséis años para que aparezca su siguiente obra.

Mientras tanto, regresa a Nicaragua en 1962. Ocupa la cátedra de literatura en la Universidad Centroamericana y se lo designa



Director de la Biblioteca Nacional, en 1963. Ese mismo año es elegido miembro de la Academia Nicaragüense de la Lengua y de la Historia, y en 1969 es nombrado Director General de Extensión Cultural.

Durante todo ese tiempo, sus publicaciones están centradas en el ensayo y la crítica literaria, que tuvo su inicio en Madrid con la publicación de *Poesía moderna centroamericana*, al que siguieron *Caracteres de la literatura hispanoamericana*, *Introducción a la estilística*, *Alfonso Cortés al vivo*, *Estudio de la poética de Rubén Darío*, en colaboración con Julio Ycaza Tijerino, *Ecce Homo*, *La subcultura de nuestro tiempo*, *Horacio en Nicaragua o la lengua culta de Salomón de la Selva*, *La formación francesa de Darío en la Biblioteca Nacional de Nicaragua y Folklore nicaragüense y mestizaje*.

A su estudio filosófico *Un pensador jesuita vivista del siglo XVII*, hay que agregar *Filosofía del lenguaje en Rubén Darío* y las antologías *Obras escogidas del padre Nieremberg* y *Antología del centenario de Rubén Darío*, en colaboración con Pablo Antonio Cuadra.

En 1972, Zepeda-Henríquez regresa a Madrid. Pero como puede apreciarse por la fecha de publicación de su obra, sigue su labor de investigador, hasta que publica, en 1980, *En el nombre del mundo*.

En este libro, la voz interiorizada e intimista del poeta de antes abre y despliega su mirada al mundo que lo rodea, para mirar las cosas desde la experiencia que ha ido acumulando con el tiempo, como cuando dice: "Nuestro mar es ya todos los mares", porque "Tiene el viento otra voz en el mundo / del que vengo". Al mismo tiempo, su expresión adquiere el acento profético de quien ha vivido la vida y aprendido de ella para no negar a los demás su enseñanza. Y dice:

Quando regreso del poema, la calle vuelve a ser  
la misma, la misma calle donde arrastramos  
los pies,  
donde anda mi alegría sin alegría, donde he visto  
gente con cara de televisión y con andrajos de amor,  
donde nos vamos asfixiando, como peces al aire,  
y van todos los muertos entre los vivos.

También ha cambiado la estructura poemática. Ahora el verso es libre, largo, desenvuelto, torrencial, como si el poeta, con los años, tuviera también más cosas que decirnos, guiado por una intuición musical que lo obliga a fragmentar el verso para marcar las pautas de la lectura, omitiendo muchas veces la puntuación y utilizando un lenguaje nuevo, que renueva desde las raíces sus planteamientos, pero que permanece fiel a las constantes de su poesía, ya apuntadas, aunque desde una visión muy particular

y moderna que da un giro a su obra, inaugurando una manera nueva y diferente de tratar el objeto poético.

El libro está dividido en cuatro partes, que el poeta llama "cuadernos". El primero va precedido por una cita de Ángel Ganivet sobre las desventuras del nicaragüense Agatón Tinico, y es una alusión al contenido. El tema es el mar, pero no como motivo anecdótico, sino como impulso vital o fuerza sobrenatural capaz de provocar la muerte. Pero el poeta, como narrador, distancia su mirada del objeto, se acerca a otros puntos referenciales y nos da así una visión de la dicotomía entre la vida y la muerte.

En "Poeta de ciudad y mito" deja de existir el ambiente de calma, el lenguaje sereno y el verso reposado de antes. El aspecto de la ciudad nos llega como un espectro a través del ritmo trepidante de luz y sonido de "Infraestructura de la luz"; el amor brota en "Noche en la puerta de Alcalá"; el mítico sueño perdido en "Treno por la diosa de las ciudades de Chipre", como el del ahora en "Aquí nació Bob Dylan", y el recuerdo del pasado se incorpora al presente en "Amarás a tu ciudad como a ti mismo". Pero la actitud reflexiva acerca de la vida y el destino humano lo alcanza en la altura poética de "Friso urbano de luz y luto", donde la mirada está dirigida al fondo del ser. Es por tanto esta parte del libro un paseo por el mundo exterior e interior de ese entramado moderno constituido por la ciudad y el hombre.

"La señal de los tiempos" la componen un conjunto de poemas desde el pasado y la evocación, para convertirse en actitud crítica de la realidad, en sus múltiples aspectos, como el arte, el artista, la poesía o la tecnología. Así llegamos a la parte final, "Venganza de la hermosura", donde predominan los poemas cortos o breves que Zepeda-Henríquez maneja con perfecta maestría. Característica válida también para el conjunto del libro, ya que el poeta, sobre todo en las composiciones largas, le exige al poema el máximo rigor en beneficio de la unidad. Puntualizar, por último, el distanciamiento emotivo que encontramos entre el poeta y el texto. Si no nuevo en su obra, porque ya antes se da en *El principio del canto* y en la poesía posterior como equilibrio emocional, ahora es significativo porque se incorpora como elemento nuevo y enlaza con los últimos movimientos poéticos surgidos en la década de los setenta.

Bajo el espíritu de la madurez y la modernidad, con *El centro del mundo*, Zepeda-Henríquez alcanza, indiscutiblemente, la plenitud de su poesía, por haberla llevado por caminos de expresión insospechados, nuevos hasta ahora en su obra, los que hemos apuntado antes y que lo incorporan a la línea de los mejores creadores de este último medio siglo.